

3440

V5

V.3

VUELTA AL MUNDO.



FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES Y ESTADÍSTICAS

LA VUELTA AL MUNDO.



Café morisco en Sidi-bu Said, cerca de Túnez.

VIAJE A TUNEZ,

AFRICA DEL NORTE.

POR MR. AMABLE CRAPELET.

1859.

De Marsella á Túnez.

El 7 de mayo de 1859 el pabellon de las mensajerías imperiales se izó en el *Marabut*, y á su bordo partimos para Túnez.

Despues de una travesía de dos dias, fondeaba el buque en la rada de Stora, bella ciudad construida despues de la conquista de Argel, bajo el cabo *Hierro*. Stora es el puerto de *Philippeville* que no admite mas que barcos de pequeño porte. La configuración del terreno no ha permitido darle mas importancia, y los grandes vapores anclan en la rada.

Desde Stora se puede ir por tierra á *Philippeville*,

la distancia es de 3 á 4 kilómetros que se practican cómodamente á favor de un servicio de omnibus; pero muchos viajeros prefieren hacer el trayecto costeano tan pintorescas orillas por medio de botes ó barquillas.

Philippeville, aunque poblacion novísima, es ya floreciente: fue construida por Luis Felipe en 1838 sobre las ruinas de la antigua ciudad romana *Russicada*, con la mira de establecer una comunicacion directa de Constantinopla con el mar. Su vista es sumamente pintoresca, con sus gallardas construcciones, sus fértiles campos, sus verdes montañas. Tampoco carecen de mérito sus fortificaciones ú obras

611619

de defensa, estando por esto y por su situación llamada á ser el tránsito y depósito de la Argelia Oriental con Europa. A algunos kilómetros de allí los pueblecitos de *Valle* y *Damremont* consagran grandes recuerdos.

Al día siguiente *Bona* se ofreció á nuestra vista detrás de una escarpada costa, en el fondo Oeste del golfo que lleva su mismo nombre. Al Norte de la ciudad su ciudadela ó *kasha* corona una alta colina de 105 metros. A 6 kilómetros se eleva magestuosamente el monte *Edugh* hácia la embocadura del riachuelo *Seybus*, cuyas llanuras laterales se estienden al Sur y á algunas millas del *Seybus* corre el *Budjima*.

Entre estos dos rios, que confluyen antes de desembocar en el mar, se descubren sobre una colina cubierta de naranjos, olivos é higueras las ruinas de Hipona. Esta antigua ciudad, de que San Agustín fue obispo, ha sufrido numerosas peripecias: residencia de los reyes nómadas, conquistada por los romanos, destruida por los vándalos, reedificada por Belisario, segun se dice, tomada otra vez y destruida por los árabes, Hipona no es hoy día mas que un monton de ruinas.

Bajo el poder de los turcos, era Bona una ciudad de aspecto miserable y triste; actualmente es agradable y aun podríamos decir alegre y risueña. Parece como que quiere reconquistar el sobrenombre de *Aphrodisium*, que sirve para designarla en los itinerarios antiguos. (Acaso el mejor de sus templos estuviera consagrado á la diosa del amor).

Los árabes la llaman *Beled-el-Haneb* (ciudad de los azufaios). En efecto, estos arbustos vegetan allí en profusion y los naturales secan su fruto y lo guardan en conserva para el invierno. Pero ésta ni es la única produccion, ni la mas considerable. «Las riquezas de toda clase, dice Mr. Julio Duval, están allí reunidas: tierras de maravillosa fecundidad, aguas abundantes, bosques magníficos, minerales de hierro...»

Algunas horas de reposo nos han hecho olvidar las fatigas de la mar.

A las seis de la mañana salimos de Bona: el sol estaba espléndido, las montañas nos parecían envueltas en una gasa de azul y rosa.

Hemos tenido el gusto de visitar á Hipona y lo que el tiempo ha respetado de sus cisternas, de sus acueductos, de todas sus famosas obras. Hemos recorrido los jardines de San Agustín, situados á una milla de distancia: sus bien alineadas calles están trazadas por hileras de azufaios, moreras, almendros, higueras, naranjos y limoneros, cuyos perfumes nos embriagaban. De vez en cuando pasaba un árabe á caballo ó un harapiendo beduino, cuyas apariciones me recordaban, mas bien que el espectáculo

de esta nueva naturaleza, que no me hallaba en Europa. Ellos estaban en armonía con esta brillante escena, ellos eran sus verdaderos personajes, estaban como quien dice, en su casa; yo era un extranjero: mi traje me parecia una mancha en medio de tanto esplendor.

No sin pesar me alejé de aquellos deliciosos paisajes: «Volveré algun día,» me decia á mí mismo, como todos los viajeros en su primer arrebato de admiracion. Mas hace ya mucho tiempo que los filósofos han observado cuán poca relacion hay entre nuestros deseos y la brevedad de nuestra vida: para satisfacerlos todos, seria menester una eternidad sobre la tierra.

Salimos de la rada de Bona con un fuerte maestral.

La Cala, límite de la Regencia de Túnez, es la primera ciudad que se encuentra viniendo de Bona: está asentada sobre una roca y circuida por todas partes de mar, excepto por el Sur: la roca es blanca como la nieve y está defendida por una compañía de infantería.

La Cala se une á tierra firme por una lengua de arena, pero cuando crece la mar la península viene á ser una verdadera isla. El viento Noroeste la combate mucho.

Su bahía es, segun dicen, mal segura: sin embargo, las barcas de los pescadores se abrigan perfectamente en ella.

La caza es abundante en las cercanías de la Cala, en su mercado se venden á infimo precio la perdiz gris, la delicada chocha, la suculenta liebre, el esquisito jabalí, etc.

En 1603, bajo el reinado de Enrique el Grande, una compañía de comerciantes franceses obtuvo autorizacion del bey de Argel para establecerse como explotadores de la pesca del coral, en una pequeña ensenada á unas cuatro leguas de Cala por la parte del Oeste y en el paraje llamado el *Bastion de Francia*. En 1660, durante la guerra de la Argelia, nuestros pescadores abandonaron este aislado puerto, y vinieron á fijarse en la Cala. El establecimiento fue incendiado en 1826 ó 1827 cuando la declaracion de guerra entre Argel y Francia. Desde lejos pueden verse aun las ruinas y formarse idea de su situacion.

La pesca del coral es aun hoy la industria principal de los habitantes; pero tienen asegurada otra fuente de riqueza en la explotacion de los bosques de alcornoques que cubren el territorio. Esta otra industria está ya floreciente en los bosques de *Edugh*, consistiendo solo en arrancar simplemente el producto del árbol que no da mas que *corcho macho*. Cuando se recoge este producto se tiene cuidado de dejar en el árbol la parte interior de la corteza: entonces se forma durante el espacio de ocho ó diez

años un corcho elástico que se desbasta y se entrega en anchas tablas al comercio.

Nosotros no hemos permanecido mucho tiempo en la Cala. El día siguiente, despues de haber visitado el cabo de Cartago, donde solo ví algunos montones de piedras por aquí y por allá en la orilla del mar y dos arcadas corroidas por el tiempo, partimos con rumbo al puerto de Goleta, á donde arribamos á las siete de la mañana, halagados por las brisas y la bella luz de un sol radiante.

La Goleta.—El lago de Túnez.—Arribo.

Mi impaciencia por entrar en Túnez era extrema: un excelente amigo mio de Marsella habia tenido la bondad de anunciar mi llegada y me esperaban. A bordo del *Marabut* vino á verme un jóven de franca espresion y simpática persona: era Mr. Vaugavert, el hijo del comerciante de Túnez.

Estrechó la mano del capitán, dóile las gracias por sus finezas y dejándole un diseño de su nave, y á su estado mayor algunos croquis que he hecho durante la navegacion, desembarcó en compañía de Vaugavert.

La Goleta es el puerto de Túnez: su nombre parece designar á la vez el arrabal que se ofrece á la vista entrando en la rada y el canal que pone en comunicacion la mar con el lago, á cuyo extremo está situado Túnez. Este canal, demasiado estrecho para barcos de gran porte, pasa al través del arrabal. Por una parte están las casas, una fortaleza y una batería, el palacio del gobernador de la plaza y el establecimiento de las hermanas de San José de la Aparicion; por otra y hácia el Arsenal y el Baño, los dos palacios y los serrallos que habita el bey cuando viene á bañarse al mar. Los extranjeros que visitan la fortaleza no dejan de ver en ella cañones venecianos.

El lago en que se entra al salir de la Goleta tiene unos 18 kilómetros de circunferencia. En árabe se le llama *El Bahyrak* (Mar pequeño). En efecto, este lago es un gran depósito de agua del mar. Triste es decir que despues de una larga serie de siglos, el tal lago es el recipiente de todas las inmundicias de Túnez que se han ido insensiblemente acumulando, y de tal modo que por algunas partes no tiene ni 70 metros de profundidad. Algunos ingenieros franceses han propuesto á los beyes, no limpiar completamente el canal, empresa que seria imposible, pero á lo menos ahondar y ensanchar el pasaje de los barcos, bastante difícil en la actualidad. Los beyes, que no son por cierto ricos, lo han rehusado hasta aquí.

Hubiera querido en verdad ignorar este detalle que no tiene nada de poético, cuando á la estremi-

dad del canal ví desenvolverse delante de mí la vasta masa de aguas resplandecientes, en cuyo límite se alza la ciudad; porque, si el fondo del largo está sucio é inmundo, la superficie refleja admirablemente el esplendor de un cielo de azul y oro. ¿Por qué ha de penetrar la mirada bajo tan brillante espejo? ¿Por qué profundiza el remo para revolver el légamo? Esta es ocasion de repetir

Glissez, mortels; n'appuyez pas.

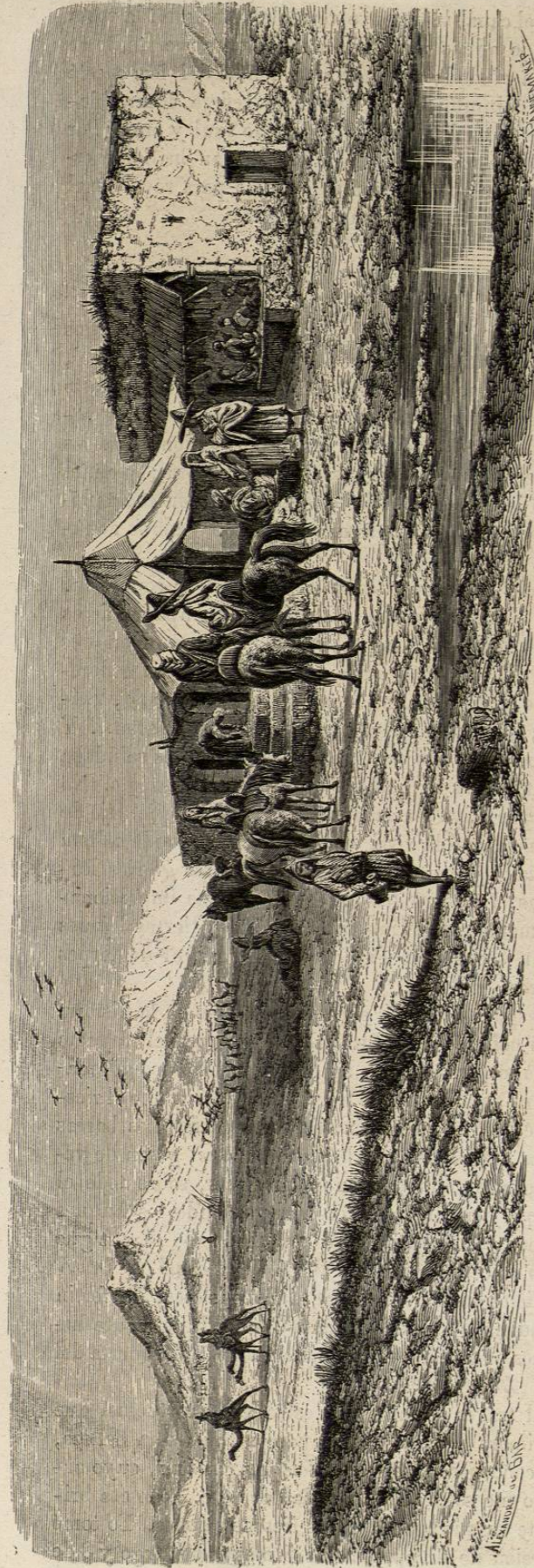
Estaba poseído de admiracion: los blancos muros de la ciudad, bañados por la espléndida luz del sol, se destacaban vigorosamente sobre el fondo de cobalto de pintorescos montes; aquellos fulgentes muros parecían forrados de raso; los puntos salientes de los montes, envueltos en gasas de azul y rosa; y en el fondo de cielo de tan bello lago, aparecían como pléyadas fugaces numerosas bandas de pájaros acuáticos.

Todos mis recuerdos se despertaron en confusion. Aquí me decia, se han visto en otro tiempo las flotas de los fenicios y las escuadras romanas. Nombres ilustres, olvidados largo tiempo se ofrecían sonoramente á mi oído, no á mi memoria. Régulo, Scipion, Hamilcar, Hannon, Julio César, Caton... Y luego se me ofrecían sus sombras y yo les saludaba tributándoles el homenaje de todo mi respeto. No creo que haya un corazón tan insensible que deje de conmoverse á la vista de estas playas, donde se han realizado y desvanecido tambien tantas glorias humanas. Los episodios modernos no me impresionaban menos: San Luis murió en estas tierras lejanas y San Vicente de Paul fue esclavo aquí de torpes señores.

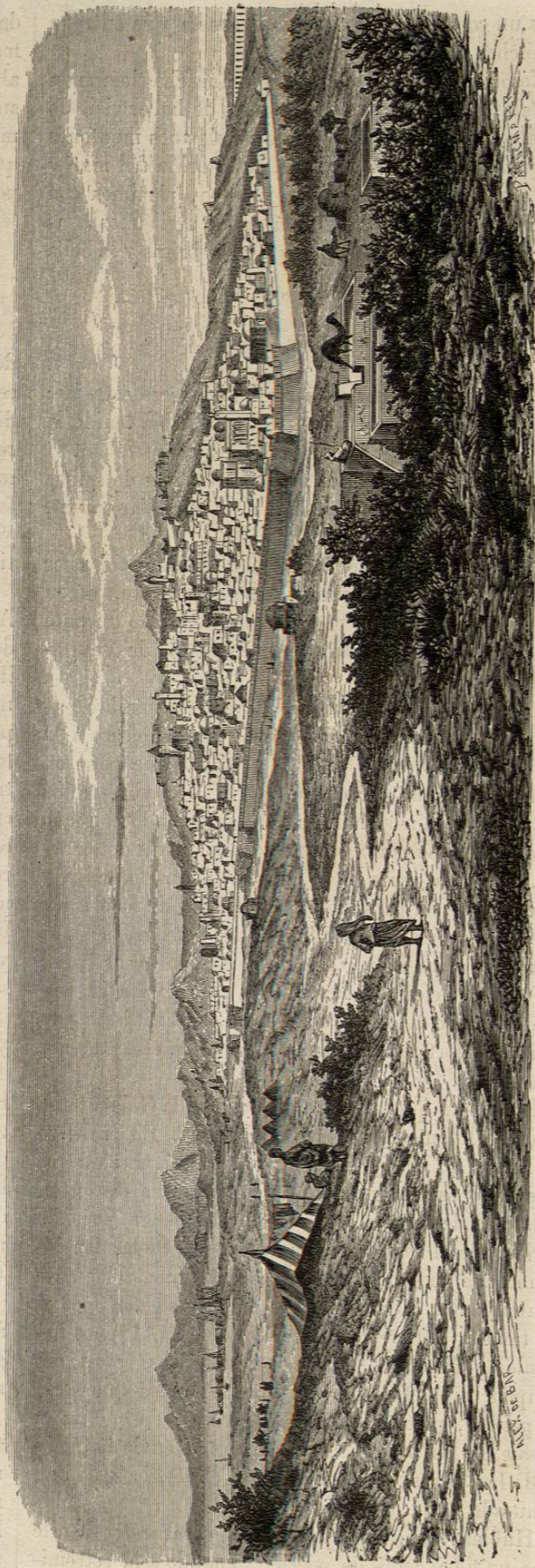
Despues de todo, sin este prestigio de la historia y las bellezas de naturaleza tan galana, el trayecto del lago por sí mismo acabaria por ser poco agradable: el agua falta con frecuencia y corre uno el riesgo de volcar, aunque no de sumergirse. Los barcos de los indígenas, que llaman *sandales*, y son de velas latinas, abundan en estas aguas, sobre todo el día que arriban los paquebots y cuando los buques mercantes fondean en la Goleta ó bajo el antiguo *Cabo de Cartago*, hoy *Cabo Sidi-bu-Saib*.

Hiciéronme notar entre muchos islotes, un fortín abandonado que denominan *Chekli*. Finalmente llegamos al muelle y por una avenida, á la puerta del mar (*Bab-el-Bahar*).

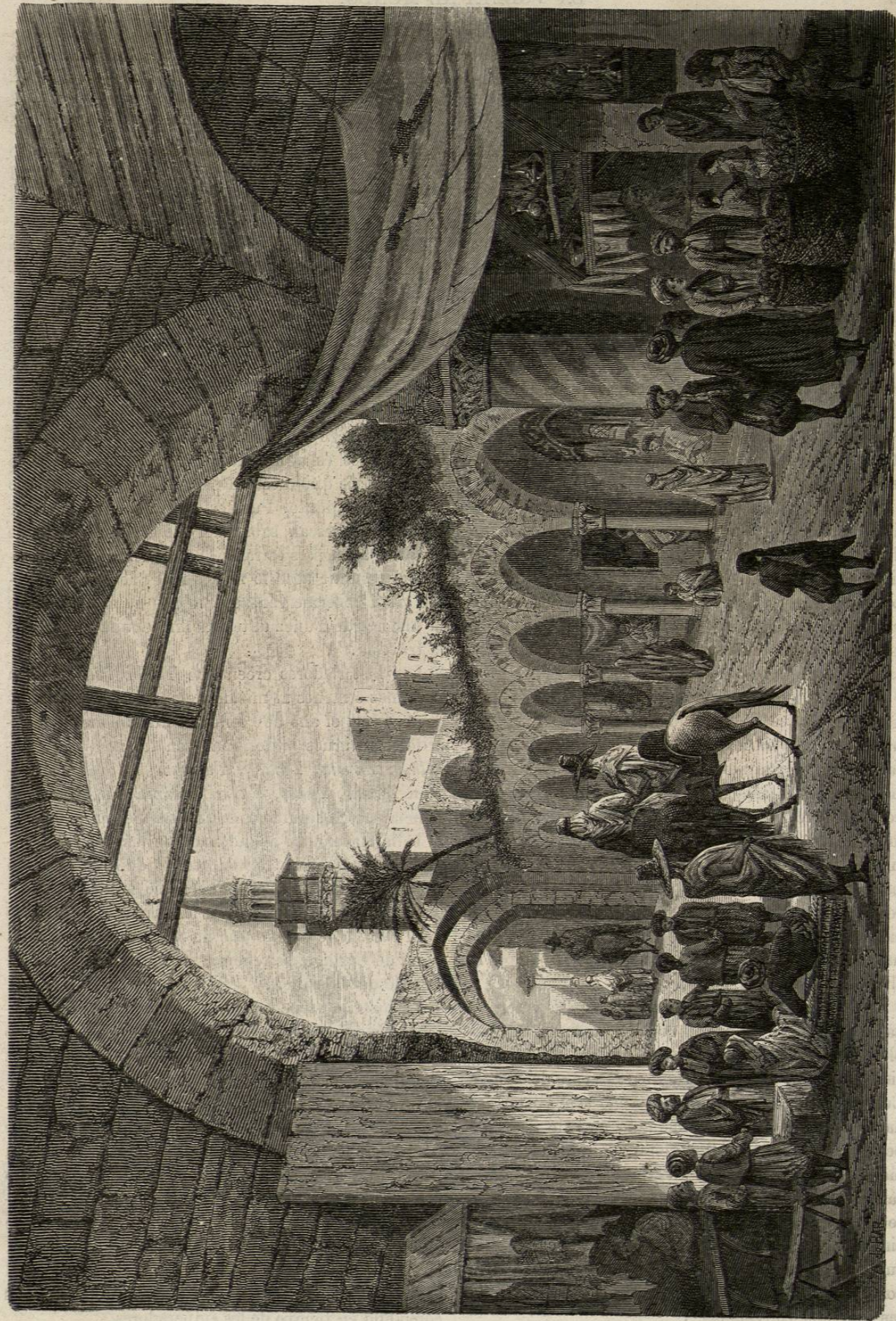
Al través de mil calles estrechas y tortuosas, que á primera vista no tenían para mí ninguna belleza, me condujeron luego al *Hotel de Francia*, cuyo arreglo me sorprendió agradablemente. Todo era brillante en sus agradables y frescos salones. Yo tomé posesion de un aposento de 5 metros de largo y 3 de



Abrevadero á la orilla del lago de Túnez.



Túnez, vista desde el bosque de los olivares.



Un bazar en Túnez.